Claroscuro (2026) 25 (2): 1-22
Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
Argentina

e-ISSN: 2314-0542
https://doi.org/10.35305/cl.vi25.197
https://claroscuro.unr.edu.ar

Jeroglíficos en el ADN Martin Bernal y la bomba egiptológica

José Ramón Pérez-Accino*

Resumen

El artículo analiza la figura de Martin Bernal y el impacto disruptivo de su obra Black Athena en los estudios clásicos y orientales. El autor explora la "genealogía intelectual" de Bernal, una síntesis entre el materialismo científico de su padre, John Desmond Bernal, y el rigor filológico de su abuelo, el célebre egiptólogo sir Alan Gardiner. A través de un enfoque multidisciplinar, el texto describe cómo Bernal transitó de la sinología hacia una crítica radical de la historiografía occidental. Su tesis central desafía el "Modelo Ario" —una construcción del siglo XIX influenciada por el racismo y el nacionalismo romántico— que pretendía presentar a la Antigua Grecia como una civilización puramente europea. Apoyándose en la lingüística y en autores como Edward Said o Cheikh Anta Diop, Bernal argumentó que las raíces de la cultura griega son profundamente afroasiáticas, deudoras de las influencias egipcia y fenicia. El relato integra vivencias personales del autor vinculadas a la escuela de Dartington Hall y el exilio de niños españoles, conectando estas historias con la formación de Bernal. En conclusión, el texto presenta *Black Athena* como la "bomba egiptológica" que Gardiner creyó imposible: una obra que dinamitó la noción de culturas herméticas y obligó a reevaluar los cimientos mestizos de la civilización occidental.

Palabras clave: Martin Bernal; *Black Athena*; Modelo Ario; Raíces Afroasiáticas; Alan Gardiner

Recibido: 13/07/2026 • *Aceptado*: 17/08/2026

* Universidad Complutense de Madrid, España.
E-mail: jrpaccino@ucm.es

Esta obra está bajo licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Hieroglyphs in the DNA. Martin Bernal and the Egyptological Bomb

Abstract

The article analyses the figure of Martin Bernal and the disruptive impact of his work Black Athena on classical and oriental studies. The author explores Bernal's "intellectual genealogy", a synthesis between the scientific materialism of his father, John Desmond Bernal, and the philological rigour of his grandfather, the renowned Egyptologist Sir Alan Gardiner. Through a multidisciplinary approach, the text describes how Bernal transitioned from sinology to a radical critique of Western historiography. His central thesis challenges the "Aryan model"—a 19th-century construct influenced by racism and romantic nationalism—that aimed to present Ancient Greece as a purely European civilisation. Drawing on linguistics and authors such as Edward Said or Cheikh Anta Diop, Bernal argued that the roots of Greek culture are deeply Afro-Asiatic, indebted to Egyptian and Phoenician influences. The narrative integrates the author's personal experiences related to Dartington Hall school and the exile of Spanish children, connecting these stories with Bernal's upbringing. In conclusion, the text presents *Black Athena* as the "Egyptological bomb" that Gardiner thought impossible: a work that dynamited the notion of hermetic cultures and forced a reevaluation of the mixed foundations of Western civilisation.
Key-words: Martin Bernal; Black Athena; Aryan Model; Afroasiatic Roots; Alan Gardiner

A Carito, Marina y Charles. Gone but not forgotten.

"I am relieved that there will never be an Egyptological bomb".
Alan Gardiner a Martin Bernal en Iffley, Oxford, 1961 (Bernal 2012).

Hay ocasiones en las que uno, en su deambular por las veredas y senderos marcados por una carrera, primero como estudiante y, más tarde, como eso que se define generalmente como académico, tiene la suerte o la casualidad de rozar apenas personalmente figuras o circunstancias que ha conocido y

admirado en los libros[1]. La casualidad o el destino, que suelen ser irónicos, a veces colocan a uno cerca de esos protagonistas, pero no dentro de su esfera de acción. Las líneas que siguen pretenden desarrollar esta idea en relación con un autor y una obra que supusieron un poderoso revulsivo académico en mis años de formación. Las líneas entrecruzadas de la historia personal de este mismo con el tema principal del texto que sigue no son sino el acicate que motiva la redacción del presente trabajo.

Martin Bernal y su obra *Black Athena* (Bernal, 1987, 1991, 2001) se estudian y se comentan todavía hoy en los ámbitos académicos relacionados con los estudios clásicos y orientales con una mezcla de susurro, de nota al pie o de cierta conmiseración. Los que nos adentrábamos en los arcanos de los estudios orientales a finales de los años ochenta del siglo pasado, coincidiendo con su publicación, nos topamos con su propuesta de interpretación tanto de la Historia como de la Historiografía de nuestro campo con la sensación de que algo muy fundamental había visto la luz y que habíamos sido los felices testigos del nacimiento de una nueva avenida de interpretación general ante la que uno ya no podría quedarse indiferente. Una nueva era se abría ante nosotros y la habíamos visto nacer con nuestros propios ojos. Clío y su leve túnica nos habían rozado en su elegante paso a nuestro lado y pudimos oler el perfume de las flores que coronaban su bella cabeza. En el momento presente, aquella aportación tan fundamental ha visto decolorar sus banderas y caer en un asedio desde muchos de puntos de vista hasta convertirse en una nota, si bien no irrelevante, sí un algo displicente, de la historiografía de los estudios clásicos y orientales. En mi caso particular, mi contacto con la obra y con la persona de Martin Bernal (extremadamente breve y leve este último, como se verá más adelante) comenzó antes de ni siquiera saber quién era. Quién era él y, por supuesto, tampoco quién era yo.

Martin Gardiner Bernal nació en Londres (1937-2013). Sus padres fueron John Desmond Bernal (1901-1971) y Margaret Emilia Gardiner (1904-2005), hija del egiptólogo Alan Henderson Gardiner (1879-1963) y de Hedwig von Rosen. Ambos progenitores y sus familiares más

[1]El presente texto se origina tras una amable invitación de Ignacio Márquez Rowe para participar en un curso de posgrado titulado *La Antigüedad en cuestión: Martin Bernal y la (de)construcción del clasicismo. Treinta años de la publicación de "Atenea Negra"*, dirigido por Pedro Bádenas y Álvaro García Marín en el ILH y CCHS-CSIC, en Madrid. El curso tuvo lugar durante los meses de noviembre y diciembre de 2016. El autor desea expresar a los responsables del curso su agradecimiento por esta invitación, que, aunque tardíamente, ha sido la ocasión que ha dado origen al presente trabajo.

directos constituyeron pilares sobre los que el joven Martin construyó una personalidad cuestionadora, inquisitiva, algo rebelde y, desde luego, original. Detenerse en su genealogía no es, en este caso, un ejercicio de pedantería. Los orígenes familiares de Martin Bernal se distribuyen entre una multitud de países y desplazamientos, y todos ellos parecen haber tenido una poderosa influencia en la fértil mente del joven Martin, cuya vida estaría, asimismo, tan marcada por estos viajes y relaciones con gentes y lugares distantes hasta el extremo de titular su libro de memorias como *Geography of a Life* (Bernal 2012). John Desmond Bernal, el padre de Martin, era un eminente científico, especializado en cristalografía. Una autoridad de prestigio unánime y muy conocida reputación. Por su formación, era un experto reconocido internacionalmente en su campo de investigación. Se unió al Partido Comunista Británico muy pronto y fue un pionero en el desarrollo teórico de la historia social de la ciencia. Quizá esto le impidió obtener el premio Nobel, aunque muchos lo juzgaran un galardón sobradamente merecido para él. Varios de sus alumnos lo obtuvieron. Su visión, durante esos años, le llevaba a definir y defender, entre otras cosas, el papel que la ciencia juega dentro de las relaciones socioeconómicas en el seno de las sociedades humanas (Bernal 1939). Su compromiso político, bien conocido en su tiempo, le ubicaba en el seno de una minoría marcadamente extremista en la sociedad británica del periodo de entreguerras. Desarrolló su docencia como catedrático de cristalografía en el Birkbeck College de la Universidad de Londres (Brown 2005). Esta institución fue especialmente apropiada porque nació en el siglo XIX para proporcionar educación, formación y cultura a las masas trabajadoras del incipiente capitalismo industrial. Por ello, se encontró con la oposición frontal de las instituciones más conservadoras de su época. Su condición de comunista declarado jugó, al parecer, un papel negativo en su posible incorporación a los claustros de Oxford o Cambridge. La especialización científica de John Desmond Bernal se encuentra en la base del sentido de la dedicatoria de *Black Athena*. En gran medida, parece evidenciar la inmensa influencia y el peso que la personalidad y la trayectoria intelectual de John Desmond ejercerán, deliberadamente o no, sobre Martin, su vida y su obra posterior:

> "To the memory of my father, John Desmond Bernal, who taught me that things fit together, interestingly". (Bernal 2012: pág. introductoria).

Su madre, Margaret Emilia Gardiner, hija del egiptólogo Alan Henderson Gardiner (Gardiner 1927; 1961) (1879-1963), nació en Berlín en 1904, fruto

del matrimonio de este último con Hedwig von Rosen, de ascendencia sueco-finlandesa por parte de madre y austro-húngara por parte de padre. Margaret fue una radical y moderna mecenas británica de artistas y residente de Hampstead, Londres, desde 1932, donde también fue una activista política de izquierda. Sin embargo, Margaret Gardiner no fue presionada para unirse al Partido Comunista del que Bernal era miembro. Pasó un invierno con este en Moscú, pero tenía reservas sobre Joseph Stalin. En la década de 1960, organizó anuncios de página completa en *The Times* firmados por personas conocidas que se oponían a la Guerra de Vietnam. Margaret fue el tejido conectivo esencial entre estos dos gigantes para el joven Martin, su padre, John Desmond, y su abuelo, Alan Henderson Gardiner. Margaret creció en un ambiente donde la erudición filológica más rigurosa convivía con una notable apertura cosmopolita. Fue amiga íntima y protectora de figuras como Barbara Hepworth y Ben Nicholson, se movió con soltura en el círculo de Bloomsbury y más tarde fundaría el Pier Arts Centre en Stromness, en las islas Orcadas, donde donó buena parte de su colección de arte moderno británico. Su relación con John Desmond Bernal —nunca formalizada en matrimonio, aunque ella se hiciera llamar "señora Bernal" durante toda su vida— la situó en el centro de los círculos científicos y políticos progresistas de la época, desde las campañas "Por la Libertad Intelectual" de los años treinta hasta el activismo antinuclear y contra la guerra de Vietnam de las décadas siguientes. Esta doble condición —heredera de una tradición filológica de gran nivel por parte de su padre, y con un espíritu viajero, políticamente activo y culturalmente abierto por elección— fue lo que influyó en los viajes y desplazamientos de la familia. Esto proporcionó al joven Martin la exposición internacional necesaria para observar la historia europea desde una perspectiva de *outsider*. Fue su decisión de conducir a la familia hacia distintos enclaves africanos la que precipitó los primeros desplazamientos lingüísticos de Martin, obligándolo desde niño a moverse entre lenguas y marcos culturales distintos. La influencia de Margaret fue el catalizador que permitió que el ADN del filólogo Gardiner y el del científico Bernal mutaran en algo enteramente nuevo. El resultado de esta confluencia fue un instrumental multidisciplinar que Martin terminaría desplegando con efectos devastadores. Sus "jeroglíficos en el ADN" incluían el rigor filológico de Alan Gardiner, gracias al cual pudo enfrentarse a las fuentes primarias en sus propios términos, sin intermediarios ni traducciones complacientes; la síntesis científico-materialista de John Desmond Bernal, que le abrió "el panorama completo" y le permitió identificar los sesgos ideológicos incrustados en la historiografía convencional; la perspectiva

nómada e internacional de Margaret Gardiner, que lo mantuvo a salvo de las tradiciones académicas inglesas más parroquiales y le otorgó la distancia crítica necesaria frente a su propia cultura de origen; y una herencia cercana a la nobleza europea —los von Rosen— que le confirió la confianza cultural indispensable para desafiar al mismísimo centro del *establishment* occidental.

Los antepasados judíos que Martin Bernal mencionará más tarde en la justificación de la génesis de *Black Athena* provienen de ambas ramas de su genealogía, la paterna y la materna. El padre de su abuela materna, Alexander von Rosen, aunque católico, procedía de una familia judía húngara, cuyas raíces intentó disimular en lo posible en la sociedad austrohúngara de su tiempo al añadir la partícula "von" a su apellido. Por la rama familiar paterna, sin embargo, la genealogía es más contundente y documentada. Y nos es mucho más cercana a quienes ostentamos orígenes españoles. Hay que remontarse hasta la ciudad castellana de Medina del Campo hacia 1600 aproximadamente, año en el cual debió nacer un Abraham Bernal. El que era probablemente su hijo, Abraham Núñez Bernal, murió quemado por la Inquisición en Córdoba en 1655. La familia Bernal se exilia en Ámsterdam con toda lógica tras este brutal episodio por parte de una sociedad vertida hacia la uniformidad religiosa más extrema. Es allí donde el martirio de Abraham se continuó recordando en el seno de la comunidad judía. La familia Bernal se dedicó al comercio transatlántico con la Dutch West India Company y acabó asentándose en Inglaterra a medida que el tráfico comercial con el Nuevo Mundo se fue intensificando desde los puertos británicos. Jacob de Abraham Israel Bernal, comerciante y propietario de plantaciones de azúcar en Jamaica, fue uno de los hombres más ricos e influyentes de la congregación judía sefardí en Bevis Marks, Londres, hacia 1745. Pero la generación siguiente fue convirtiéndose al cristianismo gradualmente y abandonando la fe de sus antepasados, aunque no la influencia ni la situación económica adquirida en la sociedad británica del momento. La rama familiar de una de las hijas de esta generación contrajo matrimonio con otro inmigrante judío, esta vez de origen italiano, Jacob de Isaac Haim Genese, procedente de la región de Pavía, en Italia. Esta rama de la familia se trasladó desde Londres a Irlanda a comienzos del siglo XIX y allí se convirtieron a la Iglesia Cristiana Protestante Irlandesa. Jacob adoptó el nombre de John Genese Bernal. Su hijo, Samuel Bernal, se convirtió al catolicismo y es el padre de John Desmond Bernal y el abuelo de Martin. Según Martin Bernal, estos antecedentes están en su árbol familiar. Son fundamentales para entender la crisis de mediana edad que lleva a la redacción y publicación de *Black Athena*.

Martin recibió una educación muy liberal. Sus padres no estaban casados y, como él mismo indica, hasta los años de la adolescencia no es consciente de que la normalidad supone que el padre de una familia conviva todo el tiempo con la misma. John Desmond tiene varias relaciones al mismo tiempo e hijos de varias de ellas. Su presencia en el hogar no es constante. Sin embargo, la relación con Margaret Gardiner fue en todo momento respetuosa, cordial y responsable para con la educación del joven Martin. Este asistió a varios centros educativos, pero uno de ellos, Dartington Hall School, en Devonshire, parece haber sido el más caracterizado de todos y el que el propio Martin parece recordar como un lugar fundamental en sus recuerdos de su época de formación:

> "I gained enormously both psychologically and socially from my years at Dartington [...] The Dartingtonians and the people gathered around them provided me with emotional support precisely when I needed it [...] I think that those walks have been some of the happiest moments of my life". (Bernal 2012: 40).

Dartington Hall School fue un experimento educativo y social al mismo tiempo, basado en la idea de la reconstrucción rural. Fue fundado por Dorothy Payne Whitney y Leonard Knight Elmhirst en 1926 (Young 1982). Dorothy era una americana heredera de una inmensa fortuna cuya familia había contribuido al desarrollo de Brown University y otras entidades. Leonard era un ingeniero agrónomo británico que había colaborado en los años veinte con Rabindranath Tagore en el establecimiento de la villa modelo de Shantiniketan en la India, y que quiso poner en práctica principios similares en Devonshire. La fortuna de Dorothy permitió la adquisición de una vasta finca en muy mal estado de conservación y explotación, Dartington Hall, en la que la labor de ambos hizo florecer un complejo educativo y social único en los años de entreguerras y la inmediata posguerra. La escuela ofrecía un internado mixto y progresista. Cuando comenzó, había un mínimo de actividad formal en el aula y los niños aprendieron participando en las actividades de la finca. Se abolirían los castigos corporales y otros castigos; no habría prefectos, uniformes, cuerpos de entrenamiento de oficiales, segregación de sexos, juegos, religión ni obligaciones; se eliminarían el latín y el griego; no habría competencia ni patriotismo. Con el tiempo se impuso más rigor académico, pero siguió siendo muy progresista y avanzado y tuvo un éxito desigual en la educación de los hijos, a veces los más descarriados, de los padres que podían pagar la matrícula. Un alumno destacado fue Lord

Young, uno de los fundadores de *Which?* y la *Open University*. Lucian Freud asistió a la escuela durante dos años y su hermano Clement Freud también fue alumno allí. Otros alumnos destacados incluyen a Eva Ibbotson, el compositor Kit Hain, Ivan Moffat, Jasper Fforde, Sheila Ernst, Lionel Grigson, Miriam Gross, Matthew Huxley, Max Fordham, Oliver Postgate, Richard Leacock y el escultor Sokari Douglas Camp, además del propio Martin Bernal. Un hijo de los fundadores, Michael Straight, también asistió a la escuela. Más tarde, Straight asistió a Cambridge y se convirtió en redactor de discursos de Franklin D. Roosevelt y editor de *New Republic* después de la guerra, propiedad de la familia Whitney. En sus memorias *After Long Silence* (Straight 1983), Straight declaró que había sido reclutado como agente comunista por el espía de Cambridge Anthony Blunt, pero que se había desilusionado con el Partido después de la guerra. No parece extraño que el hijo de John Desmond y Margaret, con el equipaje comunista revolucionario del primero y la marcada dirección hacia las artes de la segunda, acabara siendo alumno de esta institución pionera en la sociedad de su momento. La decisión fue un éxito, claramente, si nos atenemos a la propia evaluación de Bernal y a la trayectoria intelectual y académica de su vida posterior.

Es en este punto en el que el autor cree conveniente hacer un breve *excursus* personal relacionado con esos entrecruzamientos personales con el tema objeto de este texto ya mencionados con anterioridad, y espera poder ser disculpado por ello, ya que son, en una gran medida, los motivadores emocionales del presente texto. Dartington Hall School no fue indiferente a la tragedia que supuso la guerra civil española de 1936-39 y acogió a muchos refugiados, fundamentalmente niños, durante la guerra y a exiliados tras ella. Algunos de ellos, como Federico de la Iglesia Navarro y su esposa Laura Keller, fueron profesores del centro (Fraser 1979). Entre los primeros figuró un grupo de niños vascos refugiados que salieron de Bilbao en el mes de mayo de 1937 a bordo del buque *Habana* (Bell 1996). Fueron acogidos en el Reino Unido entre la indiferencia gubernamental y la bienvenida de varias organizaciones de asistencia británicas. De los cuatro mil niños enviados originalmente en el *Habana*, muchos regresaron a España hacia las fases finales de la Guerra Civil, pero otro grupo de unos doscientos permaneció en el país. Algunos fueron acogidos por Dartington y entre ellos se encontraban Caridad (Carito) y Marina Rodríguez Vega, bilbaínas de 15 y 13 años de edad respectivamente a su salida de España. Su madre era la secretaria personal de Indalecio Prieto en las oficinas de *El Liberal*, el histórico periódico bilbaíno propiedad del político socialista. Sus padres consideraron, durante el asedio de la ciudad por las tropas franquistas,

que las hermanas estarían mucho más seguras en el Reino Unido que en su tierra, donde llovían las bombas. Baste recordar que el mes anterior a su partida se había producido el ataque de la aviación franquista sobre la ciudad de Guernica. Este fue un hecho determinante en modificar la actitud del gobierno británico hacia la autorización del envío de los menores vascos. Una circunstancia añadida al desgarro de la separación familiar en 1937 fue el hecho de que ya no volvieron a ver a su padre, quien murió un tiempo después de su marcha. La madre pudo exiliarse en Francia al finalizar la guerra civil española, pero, inmediatamente después, la guerra mundial, la ocupación alemana y las circunstancias personales impidieron su reencuentro durante once largos años. Ambas hermanas, tras haber sido alumnas del centro, se integraron posteriormente en el cuerpo de profesores de la escuela que las había acogido y ejercieron durante toda su vida su docencia allí. Para quien esto escribe, la amistad con ellas, ya jubiladas a la británica y, por ello, residentes una gran parte del año en las playas de nuestro soleado levante, es un tesoro personal que guarda y aprecia y al que debe mucho más de lo que aquí cabe expresar. La amistad continuó durante mucho tiempo. Esto permitió varias visitas a Totnes, Devon, y a los campos, jardines y edificios de Dartington Hall School, una vez que el autor fijó su residencia en ese país durante un largo periodo, en considerable medida gracias a esta relación. En definitiva, quien escribe esto recibió al comienzo de un verano la carta de un catedrático de egiptología británico en la que le proponía que se desplazara a la capital del imperio (el suyo) para iniciar sus estudios de egiptología allí el siguiente otoño bajo su supervisión. Tras controlar a duras penas el temblor de las rodillas, metió unas pocas ropas y un cepillo de dientes en una bolsa y pidió prestado un vehículo a un amigo. El viaje a la costa en aquel Citroën 2CV, que había conocido mejores momentos, se hizo eterno, cruzando una Mancha asolada por un azote de calor veraniego e inmisericorde. Quería pedirles su consejo, un poco también su sanción, antes de tomar una decisión que sabía produciría cambios fundamentales en la vida propia. Es muy posible que la decisión ya estuviera tomada de modo inconsciente, pero necesitaba hablarlo con ellas, que habían pasado una vida en ese país al que uno iba a entregar sus sueños y aspiraciones. Fue acogido, como siempre, con simpatía y cariño, y también con copiosas cantidades de sangría fresca, tan necesitada como bien recibida. Además de validar con entusiasmo la oportunidad que se le ofrecía, ofrecieron grandes esperanzas y ánimos sinceros. En un determinado momento de la conversación hicieron un comentario que iba a ser más relevante de lo que en aquél momento pudiera parecer. Hablaron de un alumno suyo en Dartington,

brillante y curioso. Algo enamoradizo y con una gran admiración por Simón Bolívar, a quien creía parecerse hasta el extremo de peinarse de manera similar. Su padre había sido un gran científico a quien denominaban "The Sage". Había tenido la idea de congelar el agua en varias zonas del océano Atlántico para establecer islas flotantes de hielo desde las que los aviones británicos pudieran patrullar y proteger a los convoyes de barcos de carga durante la II Guerra Mundial. Esto aseguraba el suministro de alimentos y suministros esenciales en un momento tan crítico para su país. Su alumno había escrito recientemente una obra muy importante sobre el origen egipcio de la antigüedad europea y había tenido mucha repercusión. Por supuesto, se trataba de Martin Bernal y de su padre, y era la primera vez que quien escribe oía su nombre y la referencia a la existencia de *Black Athena*. Era el verano de 1988 y el primer volumen de la obra se había publicado tan solo un año antes. La referencia a las islas congeladas flotantes me pareció, como poco, peculiar, y esa actitud tiñó de alguna manera la consideración que el autor alcanzó en mi muy ignorante mente en aquel momento. El tiempo y la información revelaron que el comentario de mis amigas era perfectamente ajustado, islas congeladas flotantes incluidas (Langley 1986). Muchos años después, ya residente en Londres y habiendo superado los años de formación para insertarse en la condición de docente de su especialidad, la casualidad hizo que quien esto escribe tuviera la oportunidad de ejercer la docencia durante varios años precisamente en el Birkbeck College de la Universidad de Londres, la misma institución en la que John Desmond Bernal había dictado sus clases de cristalografía. Es más, uno tuvo la oportunidad de encontrarse cerca del mismo Martin Bernal en un congreso al que ambos asistíamos y contribuíamos con comunicaciones. Pude reconocerle aunque yo estaba situado un par de filas de butacas detrás de él. Me apetecía mucho acercarme, saludarle y hablarle de Dartington y de mis amigas, que habían sido sus profesoras. Me hubiera encantado cerrar el círculo de esa manera, pero no lo hice. Pensé que quizá le importunara la intrusión de un joven desconocido y que la ilusión que me hacía a mí saludarle no sería compartida. La timidez y el pudor se impusieron. Me convencí de que habría más ocasiones de dirigirme a él y no me acerqué. No las hubo. No volví a coincidir con él; cayó enfermo y falleció en 2013, un año después de publicar sus memorias. No hay que dejar pasar las oportunidades de saludar a quienes admiramos; puede no haber una próxima vez. Lección aprendida.

Pero más allá de lo que la experiencia personal de uno pueda aportar o no al tema que nos ocupa, son las propias palabras de Bernal en sus memorias las que nos hablan de la considerable influencia que sus familiares más

cercanos ejercieron sobre él. La ilegitimidad de la relación entre Margaret y John Desmond, junto con las convicciones políticas de este último, sin duda fundamenta el hecho de que Alan Gardiner y John Desmond Bernal solo coincidieron una vez en la vida de todos ellos. Esta única coincidencia ocurrió en la boda de Martin con Judy Pace en 1961, en Cambridge. Pero es quizá mucho más relevante la muy tardía presentación de Martin a su prestigioso abuelo. El joven Martin no conoció más familia que sus padres hasta la edad de diez años. Su condición de hijo ilegítimo le excluyó de fiestas familiares y reuniones. Su abuela paterna rechazó conocerle durante la infancia y lo más que hizo fue mandarle postales desde California. Aunque la relación con su padre siempre existió y su influencia permaneció en la vida del joven Martin, sin duda fue su abuelo Alan quien se presentó como un modelo más sugerente. Su mundo egiptológico de lenguajes arcanos y universos remotos en el tiempo y el espacio despertó con más fuerza la curiosidad de un niño como Martin. Así lo afirma él en sus memorias, declarando cómo él ansiaba conocer a ese abuelo prestigioso y enfrascado en un tema tan cautivador. Un día su madre le anunció que ese abuelo iba a visitarles. Él mismo nos narra la anticipación de ese encuentro.

> "I longed to meet my mother's father, my grandfather, and one day I was told he was coming to see us. Sitting on the bus from school one Friday, I saw a slightly florid white-haired old man, who looked exactly like a Dickensian "kind old gentleman". I thought to myself, I do hope that man is my grandfather and I ran to the house to tell my mother about him. Then he appeared at the gate, and it was my grandfather! That got us to a very good start. The real opposition to my acknowledgment came from my grandmother, probably because she never liked my mother". (Bernal 2012: 25).

En su recuerdo de este encuentro, Martin no indica la edad a la que esto ocurrió, pero de su narración se puede deducir que se trataba de un niño de unos nueve o diez años que ya viajaba sin acompañamiento adulto en autobús. Por otra parte, dado que el encuentro tiene lugar en Londres, como se indica en las líneas posteriores al texto citado, este podría fecharse entre 1945 y 1947. La primera de las fechas es el regreso al domicilio habitual de Margaret tras el final de la guerra y la segunda es la fecha de la marcha de Martin al internado de Dartington Hall School. Entre estos dos momentos, Margaret y Martin viven juntos en Hampstead, un barrio de la capital británica, en el que Margaret había residido anteriormente y lo haría

continuadamente toda su vida. Martin tiene, por lo tanto, entre ocho y diez años cuando conoce a su abuelo Alan Gardiner. La relación va a ser continua a partir de este momento, con frecuentes visitas del abuelo al nieto mientras éste vivió en Londres. Posteriormente, se irá en la dirección contraria una vez que el primero fijó su residencia en Court Chapel House, Iffley, en Oxford a partir de comienzos de 1947.

Las páginas de su biografía destilan admiración y deseo de aprobación por parte de su célebre abuelo, probablemente como una extensión de un anhelo de integración en una familia, por ambas vertientes, cuyo acceso y contacto se le había negado o, al menos, limitado en su infancia. Desde luego, leyendo esas páginas, uno percibe todo aquello que el joven Martin podía considerar que se estaba perdiendo con esta exclusión, a tenor de las conexiones y actividades de los miembros de la misma. El adolescente enamoradizo del que me hablaron mis amigas tuvo varios objetos de su interés romántico entre las alumnas de Dartington Hall. La coeducación, tal y como se entendía en el centro, no ponía cortapisas a este tipo de relación romántica entre los alumnos de diferente sexo, normalizándolas hasta el extremo de permitir el baño de estudiantes de ambos sexos desnudos en el río cercano a la escuela. En un caso particular, señalado por el propio Martin, su interés se centró en una nueva compañera, de nombre Miriam, procedente de Israel. La erudición rayana en la pedantería temprana de Martin le llevó al proyecto de escribir "Amo a Miriam" en todas las lenguas y sistemas de escritura en que pudiera y supiera hacerlo. En ese empeño, y al llegar al egipcio antiguo, se dio cuenta de que la frase se vertía como *mri mrim (mr.i mrim)*. Sorprendido de la similitud, buscó información sobre el nombre hebreo Miriam (María, en español). Llegó a la conclusión de que la etimología del nombre comúnmente aceptada era, probablemente, espuria. Esto se debe a la mucho mayor similitud del nombre con el verbo egipcio *mr(i)* "amar", haciendo el nombre una derivación de la expresión "amada". Inmediatamente puso en conocimiento de su abuelo el descubrimiento, que este pareció recibir bien, comentándole que él mismo había escrito un artículo sobre ese mismo tema en 1936, un año antes del nacimiento de Martin (Gardiner 1936). Los críticos de los análisis etimológicos de este autor son numerosos. Muchos de ellos, ya en su madurez y años después, reconocerán en los volúmenes de *Black Athena* el mismo método comparativo. Este último es el que empleaba de adolescente, encandilado por su compañera de clase enigmática y exótica. Para esos críticos, se trata del mismo método vertido después en la obra por un académico poco cuidadoso, que operaba fuera de su campo y que, en su opinión, nunca debería haber abandonado.

La opción política de John Desmond fue un catalizador de la visión del mundo del joven Martin. Su padre era comunista y él, por tanto, se supo comunista desde los primeros momentos de su juventud. Si bien no tenía claros algunos extremos del comunismo más radical, como la abolición de la propiedad privada, se sintió abocado a la visión radical de las relaciones socioeconómicas del mundo capitalista desde la juventud. Siempre mantuvo una gran predilección por los David frente a los Goliath. Tenía un marcado interés por la Historia, y su padre, que debió darse cuenta desde el primer momento de esa tendencia en las inclinaciones de Martin, lo fomentó. Cuando aún era muy pequeño, le hacía elegir al azar un país y, una vez hecho esto, le contaba la historia del mismo abreviada para ampliarle el horizonte de conocimiento. A partir de 1945, John Desmond llevó sistemáticamente al joven Martin a visitar los museos londinenses a medida que iban abriendo sus puertas al finalizar la guerra. Cabe pensar que John Desmond se dio cuenta de que Martin no iba por el camino que él mismo había elegido, la ciencia, y parece haberlo aceptado. Su madre Margaret prefirió inclinarse por fomentar el interés del joven Martin por la antropología. A ella le parecía que el conocimiento con lugares lejanos y exóticos, el contacto con otras gentes y costumbres era lo más interesante y noble a lo que se podía aspirar. Además de sus propias inclinaciones artísticas y vertidas sobre la cultura material, en su propia biografía constaba un temprano interés romántico por Bernard Deacon, uno de los antropólogos más brillantes de su generación. Desgraciadamente, la vida de este último tuvo una corta carrera al fallecer en Malakula (Vanuatu) a los pocos meses de llegar a causa de unas fiebres (Wedgwood 1934). El profundo interés por la historia y por los lugares distantes se refleja de modo especialmente vivo en el título y en el índice de sus memorias. Como ya se ha mencionado, *Geography of a Life* presenta en su contenido un listado de capítulos que no solo son los apartados de la propia obra, sino los escenarios de las vivencias personales del autor.

Hampstead y Dartington fueron su infancia y pronto mostró interés por un lenguaje y una cultura lejana, distinta y distante, como aquella a la que su abuelo dedicaba sus horas. Como es bien conocido, los modelos en la infancia suponen a un mismo tiempo atracción y rechazo. Por una parte, el esfuerzo de emulación y, por otra, el de diferenciación individual. Como una crisis de crecimiento personal. Es análoga a la crisis de las naciones en los movimientos emancipatorios y de descolonización. También se observa la imitación de la metrópoli y la diferenciación forzada en más de un caso. Aun cuando su interés era, fundamentalmente, la Historia, su atención se centró en una cultura lejana, antigua, culta y poderosa aún viva, y que escribía

sus textos con signos tomados mucho más directamente de imágenes que los usados en nuestra cultura europea. Uno tiene la sensación de que, además, fuera una cultura con la que su abuelo egiptólogo no tuviera absolutamente nada que ver, excluyendo por lo tanto cualquier veleidad por el mundo árabe. China era una opción claramente operativa en ese sentido. La complejidad de su sistema de escritura y de su gramática, además de una antigüedad cultural impresionante y un presente revolucionario y comunista, la hacían una excepcional elección. A esto se une el que la cultura china prolongaba su existencia en la actualidad, no se trataba de una cultura muerta y desaparecida del presente, como lo era la egipcia. La preferencia de Martin lo llevaba más hacia la antropología, que era lo que su madre Margaret favorecía. Esto le aseguraba una relación con un mundo extraño, pero vivo y real. Con todo, cuando Margaret le expuso al abuelo Alan Gardiner la preferencia de Martin por el estudio de la lengua china, la sorpresa del egiptólogo fue considerable.

> "... I would stay with my grandfather. We would breakfast together, then he would retire to his study for correspondence and Egyptological research, while I go back to my bedroom to work on Chinese. When my mother told my grandfather that that was what I was studying, he said, 'What does Martin want from such an obscure language?' A striking remark for an Egyptologist. He later consoled himself with the thought that one of Maspero's sons had become a sinologist". (Bernal 2012: 31).

Uno no puede dejar de pensar que en los años de los que estamos hablando, los finales de los años cuarenta, coinciden con los de la Revolución en China. Un cambio real que estaba ocurriendo precisamente ante sus ojos. El tiempo compartido en casa de su abuelo parece haber estado marcado, según sus palabras, en una cierta analogía. Tras el desayuno, ambos, abuelo y nieto, se retiraban a sus mundos, el egipcio y el chino, respectivamente. Y, con todo, el aspecto revolucionario de este último, frente al mucho más marcadamente reaccionario del primero, marcaba una diferencia esencial entre ambos.

Era, pues, el destino de Martin Bernal no iniciar su vida académica como clasicista ni como egiptólogo, sino como sinólogo. Tras cursar sus estudios en el King's College de Cambridge, se graduó en 1961 con honores de primera clase. Se especializó en lengua e historia chinas. Pasó una temporada formándose en la Universidad de Pekín y completó, años más tarde, un

doctorado en estudios orientales centrado en el socialismo chino anterior a 1907. Esta elección inicial, según se cuenta, desconcertó profundamente a su familia. El hijo de un científico marxista de renombre mundial y de una mecenas de las artes cosmopolita optaba, en plena Guerra Fría, por sumergirse en la lengua mandarina y en la historia política de la China maoísta. Este terreno parecía alejarlo tanto de la tradición filológica de su abuelo Alan Gardiner como del universo intelectual bohemio de su madre. Sin embargo, fue precisamente ese desvío aparente el que resultó decisivo. Su inmersión en los estudios chinos, sumada a la agitación política de los años sesenta (en particular la guerra de Vietnam, a cuyos escenarios viajó personalmente tanto en el norte como en el sur, y el ascenso de la ideología maoísta que había estudiado de primera mano), fue profundizando su escepticismo respecto a la pretendida "objetividad" académica occidental. Bernal no observaba estos acontecimientos desde la distancia cómoda del especialista neutral, sino como alguien que había aprendido a leer los textos y los discursos políticos chinos en su propio idioma, y que por ello era capaz de detectar cuánto de la narrativa occidental sobre China —y, por extensión, sobre cualquier "Otro" no occidental— respondía más a los intereses y a los marcos conceptuales del observador que a la realidad observada. El espectáculo de las protestas estudiantiles y la crudeza de la guerra llevaron a Bernal a cuestionar los marcos mismos a través de los cuales Occidente interpretaba a ese "Otro", ya fuera vietnamita, chino o, más adelante, egipcio y semítico. Influido por la obra de Thomas Kuhn (1962), Bernal comenzó a comprender que la "verdad" académica y científica no era casi nunca un reflejo neutral de los hechos, sino el producto de paradigmas dominantes que determinaban de antemano qué preguntas podían plantearse y qué respuestas resultaban admisibles. Fue este mismo instrumental crítico —forjado en los estudios chinos y afilado en el fragor de la política de los sesenta— el que, a mediados de los años setenta, trasladaría a un terreno completamente distinto. Este terreno era el de los orígenes de la civilización griega, que desembocaría en la redacción de *Black Athena*.

Un punto de inflexión se produjo cuando Bernal comenzó a explorar sus propios çomponentes judíos dispersos", como él mismo relataría con cierta ironía. La genealogía dispersa de su familia —con fracciones judías esparcidas aquí y allá entre linajes ingleses, húngaros y suecofinlandeses— habría dado auténticas pesadillas a cualquier funcionario nazi encargado de aplicarle las Leyes de Nuremberg, aunque hasta entonces él mismo apenas se había detenido a pensar en esos orígenes ni en la cultura judía como tal. Su identidad intelectual adulta se había construido casi por completo alrededor

de China y del sudeste asiático; el judaísmo era, en el mejor de los casos, una nota a pie de página en su propio árbol genealógico. Pero a partir de mediados de los años setenta, movido por una curiosidad casi romántica hacia esa parte olvidada de sus "raíces", empezó a adentrarse en la historia judía antigua. En particular, en las relaciones entre los israelitas y los pueblos que los rodeaban, especialmente los cananeos y los fenicios. Fue en el curso de esa exploración cuando sufrió lo que él mismo calificó de auténtico "shock": descubrir que el hebreo y el fenicio no eran dos lenguas distintas, sino, en esencia, dialectos mutuamente inteligibles de una misma lengua cananea. Aquella revelación lingüística, aparentemente técnica, tenía implicaciones que desbordaban por completo el campo de la filología semítica. Apoyándose en los trabajos de eruditos como Cyrus H. Gordon (1962) y de Michael C. Astour (1965), Bernal comenzó a identificar semejanzas sorprendentes entre las lenguas semíticas y el griego antiguo. Términos, estructuras y hasta nombres propios que la ortodoxia clasicista prefería explicar como coincidencias fortuitas o préstamos tardíos y superficiales. A él, en cambio, empezaron a parecerle indicios de un parentesco mucho más profundo y antiguo. De Astour aprendió además algo que resultaría decisivo para el argumento que estaba gestando: que la manera en que la historiografía moderna había tratado a los fenicios —relegándolos sistemáticamente a un papel secundario, cuando no directamente denigrándolos— estaba profundamente contaminada por el antisemitismo europeo del siglo XIX. A partir de ahí, a Bernal no le costó establecer la conexión entre ese menosprecio hacia los fenicios y el rechazo simultáneo, y en apariencia independiente, del papel civilizador de Egipto en los orígenes de Grecia. Comenzó entonces a sospechar que el llamado "Modelo Ario" de la historia griega era el relato, dado por sentado en su propia educación clásica. Según este relato, Grecia habría sido una creación europea pura, surgida de la conquista de los "prehelénicos" por invasores indoeuropeos del norte. No era en absoluto tan antiguo ni tan neutral como se le había enseñado a creer. Por el contrario, era una fabricación relativamente tardía, gestada a finales del siglo XVIII y consolidada entre 1840 y 1850. Estaba diseñada, consciente o inconscientemente, para ocultar las profundas deudas culturales que Grecia había contraído con el Levante y con Egipto. Además, buscaba blindar a la civilización occidental frente a cualquier origen no europeo.

El giro de Bernal hacia una historiografía más radical se vio además acelerado por el contacto con la obra de estudiosos africanos como Cheikh Anta Diop y Théophile Obenga. Diop, físico y egiptólogo senegalés formado en París, había defendido desde los años cincuenta —en obras como *Nations*

nègres et culture (Diop 1954) y *The African Origin of Civilization: Myth or Reality* (Diop 1974) — que el antiguo Egipto era, en su composición étnica y en su matriz cultural, una civilización fundamentalmente negroafricana, y que esa africanidad había sido sistemáticamente negada u ocultada por la egiptología occidental. Obenga, por su parte, había ampliado ese proyecto hacia el terreno de la filosofía, sosteniendo en trabajos como *La philosophie africaine de la période pharaonique* (Obenga 1990) que el pensamiento racional que Occidente atribuía en exclusiva a los griegos tenía antecedentes directos en el Egipto faraónico. Aunque la egiptología occidental tendía a marginar —cuando no a ridiculizar abiertamente— estas tesis, tachándolas de activismo político disfrazado de ciencia, Bernal supo reconocer su importancia estratégica a la hora de desafiar el *statu quo* eurocéntrico, incluso allí donde discrepaba de sus conclusiones más audaces sobre la raza de los antiguos egipcios. Su propia posición sería, de hecho, más cauta que la de Diop: Bernal insistía en que los egipcios que él consideraba determinantes en la formación de Grecia eran ante todo hablantes de lenguas afroasiáticas —egipcio y semítico occidental—, y evitaba comprometerse con las clasificaciones raciales rígidas que Diop y otros autores afrocentristas manejaban con mayor desenvoltura. A pesar de esas distancias, Bernal entendió que la creación de una Antigua Grecia pura y europea en los siglos XVIII y XIX siempre había ido junto a un proceso similar y que se complementa. Este proceso fue el "blanqueamiento" del Antiguo Egipto, una operación historiográfica destinada, en última instancia, a despojar a África de toda agencia histórica sobre los orígenes de la civilización occidental. En ese sentido, tanto Diop como Obenga no fueron para él meras curiosidades marginales, sino precursores incómodos que habían señalado, décadas antes de que la academia occidental estuviera dispuesta a escucharlos, la misma herida ideológica que *Black Athena* se proponía diagnosticar con el aparato erudito de la filología y la historia de la ciencia.

En 1978, Edward Said publicó *Orientalism* (Said 1978), obra que proporcionó a Bernal el marco teórico que le faltaba para articular de manera sistemática todo lo que había ido intuyendo por separado en sus años dedicados a China, a Vietnam y a la historia judía antigua. Said mostraba cómo Occidente no se había limitado a estudiar el "Oriente", sino que literalmente lo había inventado como una entidad discursiva. Un "Otro" esencialmente inferior, estático y exótico, construido precisamente para justificar, por contraste, la superioridad racional y la vocación civilizadora de Europa. Además, legitimaba así tanto la hegemonía colonial como la autoridad intelectual de sus instituciones académicas. Para Bernal, que

llevaba años acumulando piezas dispersas —la filología semítica de Gordon y Astour, la crítica afrocentrista de Diop y Obenga, su propio distanciamiento analítico forjado en los estudios chinos y en la experiencia de Vietnam—, *Orientalism* fue la pieza que finalmente encajaba todo el rompecabezas. Le ofrecía un lenguaje conceptual riguroso para nombrar lo que hasta entonces solo había podido señalar de forma intuitiva y fragmentaria.

En 1987 publicó el primer volumen de *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, al que seguirían un segundo volumen en 1991 dedicado a la evidencia arqueológica y documental, y un tercero, ya en 2006, centrado en la evidencia lingüística (Bernal, 1987, 1991, 2001). Era una obra que se atrevía a poner en cuestión, con el aparato erudito completo de la filología, la arqueología y la historia de la ciencia. Este relato mismo fue sobre el que se había construido la autoimagen de Occidente. Bernal sostenía que los fundamentos culturales de la Antigua Grecia hundían sus raíces de manera profunda en las influencias egipcias y fenicias. Él llamaría esto el "Modelo Antiguo", frente al "Modelo Ario" dominante desde el siglo XIX. Esas conexiones habían sido borradas de manera sistemática por los eruditos de los siglos XVIII y XIX. Estos eruditos estaban movidos por una combinación tóxica de racismo científico y nacionalismo romántico que necesitaba imaginar a Grecia como una creación europea pura, nacida *ex nihilo* y sin deudas con el África y el Oriente Próximo que la habían precedido. La tesis central de Bernal sostenía que:

> "It was the interaction between an African and an eastern Mediterranean cultural tradition which produced, in the first place, the political system, the culture and the society of ancient Egypt". (Bernal 1997: 25-43).

Esa civilización híbrida ejerció a su vez una "influencia decisiva" sobre Grecia y, por extensión, sobre el mundo occidental en su conjunto. Bernal no hablaba de un contacto superficial o anecdótico —un préstamo léxico aquí, una divinidad importada allá—, sino de una relación estructural y fundacional: Egipto y Fenicia, sostenía, no habían simplemente "influido" en Grecia como quien deja una huella pasajera, sino que habían participado en la constitución misma de sus instituciones religiosas, su vocabulario filosófico, su arquitectura y su mitología. La analogía que él mismo prefería era la de un edificio cuyos cimientos quedan ocultos bajo la fachada: uno puede admirar las columnas dóricas y los templos de mármol sin saber —o sin querer saber— sobre qué se asientan. No se trataba, por tanto, de sustituir un origen puro por otro —de cambiar una Grecia blanca y europea por otra

negra y africana, como sus críticos más superficiales quisieron entender— sino de algo más radical: la propia idea de un origen puro, autosuficiente y sin mestizaje era, para Bernal, la verdadera ficción que había que desmontar. Este matiz es crucial y, sin embargo, fue precisamente el que más se perdió en la recepción pública del libro. Bernal insistía en que su proyecto no era invertir la jerarquía racial del siglo XIX —sustituir "todo viene de Grecia" por "todo viene de Egipto" o por "todo viene de África negra" en un sentido esencialista— sino, más bien, desactivar el propio mecanismo que había hecho posible esa jerarquía: la creencia de que las civilizaciones nacen limpias, aisladas, en compartimentos étnicos estancos que solo después entran en contacto unas con otras. Para Bernal, esa imagen misma —la de culturas puras que luego se "mezclan"— era ya un artefacto ideológico, y no una descripción neutral de cómo funciona la historia humana. Egipto mismo, insistía, ya era el producto de un intercambio, y ese intercambio se había propagado después hacia el norte, hacia el Egeo, en un proceso continuo de contacto, comercio, colonización y préstamo cultural que ninguna frontera étnica o geográfica lograba contener. Bernal describía así capas sucesivas de circulación: entre el valle del Nilo y el Levante semítico, entre Fenicia y las islas del Egeo, entre los santuarios cretenses y los cultos egipcios, entre los sistemas de escritura del Próximo Oriente y los primeros silabarios griegos. En su reconstrucción, lo que los manuales escolares presentaban como el "milagro griego" —una explosión de creatividad surgida casi de la nada hacia el siglo VIII a.C.— era en realidad el punto visible de una larga acumulación de transferencias culturales que se remontaban siglos, si no milenios, atrás, y que involucraban rutas comerciales, migraciones, colonias y contactos diplomáticos entre el Mediterráneo oriental y el nororiental de África.

La publicación de *Black Athena* desató una tormenta de debate académico que continúa hasta nuestros días. El primer volumen apareció en 1987, y su repercusión desbordó rápidamente los círculos especializados de clasicistas y egiptólogos para instalarse en la prensa generalista, en los departamentos de estudios afroamericanos y en las llamadas "guerras culturales" de los campus universitarios estadounidenses de finales de los años ochenta y principios de los noventa. Pocas obras de historia antigua han generado tanta controversia fuera de la academia como esta. La reacción no se hizo esperar: filólogos, arqueólogos y helenistas de renombre cuestionaron con dureza sus etimologías, su cronología de una supuesta colonización egipcia y fenicia del Egeo y su manejo, a menudo libre, de las fuentes primarias. Se le acusó de forzar comparaciones lingüísticas

poco rigurosas entre el egipcio antiguo y el griego, de dar por probadas hipótesis de colonización que la arqueología no respaldaba con la solidez requerida, y de seleccionar fuentes clásicas —como los relatos legendarios sobre Dánao o Cadmo— tratándolas como testimonios históricos literales en lugar de tradiciones mitográficas tardías. El volumen colectivo *Black Athena Revisited*, editado por Mary Lefkowitz y Guy Rogers (1996), y el propio libro de Lefkowitz, *Not Out of Africa* (Lefkowitz 1996), se convirtieron en la respuesta más sistemática y beligerante desde la ortodoxia clasicista, reuniendo a especialistas de distintas disciplinas —lingüistas, arqueólogos, egiptólogos— para desmontar, caso por caso, buena parte del aparato erudito de Bernal. A ella Bernal replicaría a su vez con *Black Athena Writes Back* (Bernal 2001), un volumen extenso en el que respondía punto por punto a sus críticos, reconociendo algunos errores puntuales pero defendiendo con firmeza el núcleo de su tesis general.

Y, sin embargo, más allá de que se acepten o no la totalidad de sus afirmaciones lingüísticas o arqueológicas —muchas de las cuales no han resistido el escrutinio especializado y hoy son consideradas, incluso por autores simpatizantes con su proyecto más amplio, como insostenibles o excesivamente especulativas—, su obra logró un objetivo que trascendía sus detalles concretos. El propio debate técnico sobre si tal palabra griega deriva o no de tal raíz egipcia, sobre si hubo o no una colonización fenicia de Beocia, terminó siendo, en cierto sentido, secundario frente al efecto de fondo que *Black Athena produjo en la disciplina*.

Hizo estallar de una vez por todas la idea de que civilización alguna existe en un vacío hermético, autogenerado y libre de contaminación externa. Demostró que "las cosas encajan entre sí", que ningún gran edificio cultural se sostiene sin cimientos tomados de otros pueblos y otras lenguas. Al hacerlo, obligó a una reevaluación fundamental de las raíces mismas de la civilización occidental. Exhibió hasta qué punto esas raíces habían sido podadas, seleccionadas y reescritas por generaciones de eruditos empeñados en mantener a Grecia aislada de sus vecinos africanos y semitas. En ese sentido, el legado más duradero de Bernal no reside tanto en sus tablas etimológicas o en sus hipótesis cronológicas —hoy en gran parte descartadas— como en el desplazamiento historiográfico que provocó: obligó a los especialistas en Antigüedad a preguntarse, con una honestidad renovada, cuánto de lo que llamaban "milagro griego" era en realidad el resultado silenciado de siglos de intercambio afroasiático, y cuánto de esa amnesia había sido, más que un descuido erudito, una elección ideológica sostenida por el filohelenismo europeo desde el siglo XVIII en adelante.

Durante la Guerra Fría, es decir, los años de formación de Martin Bernal, el miedo a "la bomba" y su capacidad destructiva total del mundo conocido era una obsesión a nivel general e individual. Alan H. Gardiner, entonces al final de su vida y habiendo publicado su seminal *Egypt of the Pharaohs* (Gardiner 1961), creía que las estructuras fundamentales y los "paradigmas" de la egiptología estaban tan bien asentados que ningún descubrimiento futuro podría desestabilizar fundamentalmente el campo, bien establecido por él mismo, entre otros. Sin embargo, la "bomba" había estallado por fin, aunque él ya no lo vería, y fue su propio nieto quien la armó y la hizo explotar. El paisaje de la egiptología y de los estudios clásicos ya nunca volvería a ser el mismo. Incluso quienes rechazaban sus conclusiones se vieron obligados, a partir de entonces, a justificar con mucho mayor rigor por qué Grecia debía seguir siendo pensada como un fenómeno esencialmente aislado del resto del Mediterráneo antiguo. Martin Bernal utilizó esta cita de su abuelo como una ironía central para definir el que, sin duda, consideraba el gran logro de su carrera y, quizá, de su vida. Él contemplaba su trabajo en *Black Athena* como un desafío a los mismos fundamentos en los que la "Vieja Guardia" sustentaba los orígenes de la civilización griega y egipcia. Como la misma "bomba egiptológica" que su abuelo, aliviado y seguro de sus propios logros, consideraba imposible de detonar.

Bibliografía

Astour, Michael C. (1967) *Hellenosemitica: An Ethnic and Cultural Study in West Semitic Impact on Mycenaean Greece*. Leiden: Brill.

Bell, Adrian (1996) *Only for Three Months: The Basque Children in Exile*. Norwich: Mousehold Press.

Bernal, John Desmond (1939) *The Social Function of Science*. London: Routledge.

Bernal, Martin (1987) *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. Vol. I: The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985*. London: Free Association Books.

Bernal, Martin (1991) *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. Vol. II: The Archaeological and Documentary Evidence*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Bernal, Martin (1997) "Black Athena: An Overview", en: Van Binsbergen, W.M.J. (ed.) *Black Athena: Ten Years After. Número especial*

de Quest: Philosophical Discussions: An International African Journal of Philosophy 11 (1/2): 3-16.

BERNAL, Martin (2001) *Black Athena Writes Back: Martin Bernal Responds to His Critics*. Edited by D.C. Moore. Durham: Duke University Press.

BERNAL, Martin (2006) *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. Vol. III: The Linguistic Evidence*. New Brunswick: Rutgers University Press.

BERNAL, Martin (2012) *Geography of a Life*. Bloomington: Xlibris Corporation.

BROWN, Andrew (2005) *J.D. Bernal: The Sage of Science*. Oxford: Oxford University Press.

DIOP, Cheikh Anta (1954) *Nations nègres et culture*. Paris: Présence Africaine.

DIOP, Cheikh Anta (1974) *The African Origin of Civilization: Myth or Reality*. New York: Lawrence Hill.

FRASER, Ronald (1979) *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros: Historia oral de la Guerra Civil Española*. Barcelona: Crítica.

GARDINER, Alan Henderson (1927) *Egyptian Grammar: Being an Introduction to the Study of Hieroglyphs*. Oxford: Clarendon Press.

GARDINER, Alan Henderson (1936) "The Egyptian Origin of Some English Personal Names", *Journal of the American Oriental Society* 56(2): 189–197.

GARDINER, Alan Henderson (1961) *Egypt of the Pharaohs*. Oxford: Clarendon Press.

GOLDSMITH, Maurice (1980) *Sage: A Life of J. D. Bernal*. London: Hutchinson.

GORDON, Cyrus Herzl (1962) *Before the Bible: The Common Background of Greek and Hebrew Civilizations*. Whitefish: Literary Licensing.

LANGLEY, Susan B. M. (1986) "Operation Habbakuk: A World War II Vessel Prototype", *Scientia Canadensis: Canadian Journal of the History of Science, Technology and Medicine* 10 (2): 119-131.

LEFKOWITZ, Mary R. & ROGERS, Guy MacLean (eds.) (1996) *Black Athena Revisited*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

LEFKOWITZ, Mary R. (1996) *Not Out of Africa: How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History*. Nueva York: Basic Books.

OBENGA, Théophile (1990) *La philosophie africaine de la période pharaonique*. Paris: L'Harmattan.

Said, Edward (1978) *Orientalism*. New York: Pantheon Books.

Straight, Michael Whitney (1983) *After Long Silence*. New York: W.W. Norton.